

Progenie

JOSÉ ANTONIO GURREA

En los primeros diez años de relación con Isabel, Iñaki se había negado a tener hijos. Durante más de un lustro ella, como buena española, estuvo de acuerdo. No sólo estaba enteramente entregada a su exitosa carrera como reportera, sino que además consideraba que este mundo no era apto para los niños. “¡Es una verdadera irresponsabilidad engendrar un hijo. Este planeta es un desastre, está hecho una mierda!”, exclamaba tajante en todas las reuniones y conversaciones donde surgía el tema, donde las presiones sociales pretendían intimidarla sin éxito, donde las simplistas sospechas de esterilidad o impotencia surgían a cada momento. Eran, ciertamente, momentos incómodos donde Isabel se arrepentía de vivir en un país tercermundista donde la gente “coño, no sabe hacer otra cosa más que pensar en tener crías”. En él las razones se circunscribían a una palabra: egoísmo. Periodista por 20 años, y durante 41 libre de las responsabilidades que conlleva la paternidad consideraba que un hijo vendría a trastocar negativamente los ritmos que se había impuesto en su vida. Lector voraz, escritor intermitente, melómano irredento, cinéfilo empedernido y viajero más o menos frecuente, Iñaki estaba seguro que el hecho de ser padre acabaría con todas esas actividades de manera irremediable. Se imaginaba, a menudo, tratando de escuchar una obra de Arvo Part o de Gorecki, dos de sus compositores favoritos, entre el llanto de una “larva”. Sólo de pensarlo sentía pánico, escalofríos.

Esta convergencia fundamental regía la relación hasta el día en que Isabel regresó más borracha que de costumbre de la reunión mensual que sostenía con las compañeras de la agencia de prensa ibérica donde trabajaba desde hacía un par de años. Llorosa y con la frustración a flor de piel, Isabel se sirvió un etiqueta negra doble e inició un cuasi monólogo donde expuso que se sentía fatal porque todas sus compañeras ya tenían hijos, o estaban en vías de entrar de lleno a la maternidad, “hasta Martha,

la gilipollas que todos creíamos que era lesbiana, acaba de engendrar. Las miro y es como si mi vida no tuviera sentido”.

Iñaki la escuchó nervioso, se alzó de hombros. Y le dijo que ella era una reportera exitosa, que pondría en peligro su carrera si optaba por la maternidad.

–Lo sé, pero no me interesa. Prefiero arriesgarme. Me da envidia como todas hablan de sus hijos, menos yo..

Ante las señales de alerta, él la quiso herir en su amor propio: “sólo las mediocres, las que no tienen nada de que vanagloriarse, presumen de sus hijos. Tú tienes mucho de lo cual sentirte orgullosa. Tus entrevistas, tus reportajes. El libro que escribiste. Cualquiera puede tener un hijo, pero cuál de tus pinches compañeras ha escrito un libro”.

–Es que me siento como un animalillo raro..

–En tu país serías la regla, no la excepción. ¡Carajo, no te tropicalices de esa manera!!

A Isabel la invadió el llanto. Molesto, Iñaki se levantó y salió de la casa sin rumbo fijo. Regresó completamente borracho ya en la madrugada.

Al día siguiente, Isabel no tocó el tema. De hecho, en más de dos meses no lo hizo. Tampoco asistió a las reuniones mensuales. Iñaki respiró aliviado. Pensó que sólo se había tratado de una especie de capricho. Creyó que finalmente lo había reflexionado y sopesado las consecuencias.

Sin embargo, el asunto volvió a surgir. Episódicamente, pero ahí estaba presente, concreto. Con su dosis de chantaje, por supuesto. Ésta apareció de pronto cristalizada en una grave enfermedad de los nervios que mandó a Isabel con el siquiatria y a un largo y costoso tratamiento con antidepresivos. Iñaki hizo lo posible ya no sólo por hacerla olvidar sus despropósitos, como los llamaba él, sino por hacerla superar su enfermedad. La invitaba al cine, al teatro, a los conciertos que tanto le gustaban; la llevó a visitar a sus parientes las veces que humana y financieramente pudo, incluso, echando por la borda el presupuesto familiar, pese al ascenso laboral que Iñaki había experimentado en el último lustro.

Después de cada viaje, Isabel regresaba relajada. Iñaki aprovechaba la coyuntura y advertía: “Con un hijo tendrás que olvidarte de las vacaciones... y de tu carrera”. Pero cuando parecía que había avances, venía una recaída que ponía la situación aún más tirante. La relación, que pese a los diez años de dura-

ción se mantenía firme, comenzó a cuartearse. La crisis se manifestó con unas relaciones sexuales cada vez más esporádicas y en contraposición con unas discusiones más frecuentes y también más agrias. Éstas se acrecentaban cuando llegaba la menstruación e Isabel comprobaba que no se encontraba embarazada. Un buen día llegó el ultimátum: “O tenemos un hijo, o me largo y lo tengo con otro...” Entre interminables pleitos que a veces se prolongaban hasta la madrugada, Iñaki optó por poner oídos sordos. Simple y sencillamente no creía en las amenazas de Isabel. Una noche, sin embargo, su mujer no llegó a dormir.

El azar siempre había sido determinante en la vida de Iñaki. Cuando conoció a Isabel no fue la excepción. Un par de boletos sujetos a disponibilidad de espacio que un sobrino sobrecargo le había conseguido a un precio simbólico permitieron que él y Victoria, la mujer con la que vivía por esas fechas, cruzaran el Atlántico por primera vez en su existencia. Después de un mes de periplo tuvieron problemas para regresar. El verano significaba aviones llenos. Al segundo día de acampar en el aeropuerto madrileño de Barajas, junto con varios mexicanos, Iñaki tuvo que comprarle a Victoria un boleto de regreso a un precio exorbitante, pues le urgía presentarse en su trabajo como profesora de Letras en una universidad privada. Con los bolsillos a punto de la inanición y una tarjeta de crédito ya saturada, él tuvo que quedarse. Al cuarto día, Isabel llegó a Barajas. El Mundo, el diario donde trabajaba, la envió a entrevistar a algunos de los ya cerca de 100 mexicanos con boletos similares a Iñaki que, en pleno agosto, se arremolinaban frente al mostrador de Aeroméxico sin poder salir hacia su país.

Isabel se acercó a Iñaki y cuando supo que también era periodista, pensó que las afinidades lograrían una mejor historia. Así que después de hacer algunas entrevistas, la guapa andaluza lo invitó a un bar de copas en la calle Preciados, donde después de algunas cañas, unos escoceses y un diálogo que redondeó el trabajo reporteril comenzaron un intercambio táctil que los llevó ese mismo día al piso que la reportera tenía en el barrio de Malasaña. Tras el segundo coito, Isabel se levantó, redactó su nota y la envió vía correo electrónico. Después anunció, emocionada, que a partir del día siguiente daban inicio sus vacaciones, por lo que invitó a Iñaki a Algeciras, la ciudad de donde era originaria.

–Pero, no tengo un clavo....

–Yo invito, macho mexicano..

En un periplo de 15 días Isabel, excelente guía de turistas, no sólo lo llevó a recorrer Algeciras (donde conoció a los padres de ella) y Gibraltar, sino que en sus afanes expedicionarios cruzaron el Estrecho, caminaron por las estrechas callejuelas de las medinas de Tanger y Tetuán, y en aras de recordar El cielo protector en versión dúo y con final feliz llegaron hasta el Sahara. Fue en el café Hafa de la ciudad que hicieron famosos los beats que una exultante Isabel se levantó de su asiento, y después de admirar la majestuosidad del Estrecho, dirigió su dedo índice hacia Occidente y juró que muy pronto estaría en México. El exceso de kif en los cerebros de ambos hizo que el asunto no se tomara muy en serio.

No se trató, sin embargo, de una promesa más hecha entre los vapores de la droga. Isabel cumplió sus dichos quizá más pronto de lo que ella hubiera imaginado. Ante un sorprendido Iñaki que vivía solo, pues tras agrias discusiones motivadas por su tardanza había sido abandonado por Victoria, Isabel llegó una noche de noviembre hasta las puertas del departamento de la colonia Roma. La sorpresa fue aún más grande, cuando Isabel le comunicó que no llegaba en plan de turista, sino que venía a quedarse. Isabel había conseguido la corresponsalía de El Mundo en México.

Después de encontrarla en casa de una amiga totalmente abatida. (De hecho, la enfermedad la envió al hospital días después.) Iñaki aceptó, contra su voluntad, que Isabel se embarazara. Sin duda, el agravamiento de su mal y la desaparición de su mujer, que se prolongó por tres días, influyeron en la determinación. Al hallarla tan decaída la vislumbró vieja, amargada... imaginando con profundo dolor cómo hubiera sido su vida de haber tenido hijos, nietos... Iñaki sintió profunda tristeza por anticipado. Pensó que Isabel lamentaría toda su vida la falta de descendencia, que se lo echaría en cara cada que tuviera oportunidad. Supo, de inmediato, que él no aguantaría ese infierno, que la abandonaría y que ella, solitaria, consumiría sus últimos años en medio de ese tormento.

Iñaki, pues, estuvo de acuerdo en que desecharan dispositivos, condones y similares. La única condición de él fue que

durante el quinto mes, Isabel, quien ya sobrepasaba los 35 años, se sometiera a una amniocentesis, una prueba para detectar malformaciones en el feto. Ella, en ese momento agradecida, aceptó de inmediato, así, sin pensarlo mucho. Y llena de optimismo supuso que el embarazo llegaría en semanas, a lo sumo en meses. Pero después de un año la preñez no apareció. Empezaron las visitas a los “especialistas de la fertilidad”, en su mayoría una caterva de farsantes que a través de numerosos exámenes y carísimos tratamientos exprimían los bolsillos de las parejas con problemas para procrear. Mientras Isabel regresaba apaleada y con lágrimas en los ojos tras ser sometida a dolorosos análisis que le inspeccionaban sus intimidades, Iñaki experimentó más de dos veces la humillación de masturbarse, sin tener las mínimas ganas para hacerlo, en minúsculos y no tan limpios cubículos (en una ocasión lo tuvo que hacer en los baños de un laboratorio clínico ante el apremio de un sujeto, probablemente enfermo de diarrea, que no dejaba de tocar la puerta) ante tubos de ensayo y revistas de desnudos (proporcionadas por el propio laboratorio) con mujeres de plástico que realmente no le despertaban pensamientos lúbricos. Sin embargo, todo era en vano. Isabel entró nuevamente en crisis. Presa de absurdos sentimientos de culpa, a menudo caía en interminables soliloquios donde se autoflagelaba recordando el par de abortos que se había practicado en España hacía más de diez años. Y hasta le salió la veta religiosa, ella que siempre se había declarado agnóstica: “No hay duda, Dios me está castigando...” Iñaki, por su parte, recordó, no sin cierta ironía, aquellos días de la adolescencia y primera juventud cuando embarazaba a las chavas casi con tan sólo besarlas. Y aunque sufría por ver a Isabel así, al mismo tiempo sentía alivio porque las cosas estuvieran saliendo de esta forma. Los “especialistas”, por su parte, no precisaban aún de qué lado estaba el problema, y sometían a la pareja a más exámenes a precio de oro.

Isabel nunca cejó en su esfuerzo. Una cuenta bancaria menguada y casi dos años después de que comenzaran los intentos por embarazarse, al final lo logró, inseminación artificial de por medio. La alegría de ella contrastó con la asfixia que comenzó a invadir a Iñaki, quien durante los primeros meses de embarazo a menudo se despertaba en las noches sudoroso, angustiado. Adivinaba, en la penumbra, el cuerpo cada vez más deforme de Isabel; escuchaba su respiración forzada, sus inéditos ronquidos. Vislumbraba la pequeña habitación y se preguntaba

dónde carajos podrían meter una cuna. “No cabe, chingada madre, no cabe...”, pensaba, con inquietud, hasta que los primeros rayos de luz se metían por las persianas. Estaba seguro de que todo sería un caos en su existencia, en ese diminuto departamento tan acostumbrado a dos personas solamente. Durante ese periodo, Iñaki buscó en el alcohol y la coca la mejor manera de sobrevivir a tantos temores y ansiedades. Con la resaca, sin embargo, la desazón crecía.

Al quinto mes, Iñaki le recordó el compromiso de la amniocentesis. Ella, de entrada, se negó y encaró molesta a Iñaki: ¿Y que haríamos si el bebé viene mal? Él simplemente le dijo “ya lo habíamos acordado... acepté tener un hijo pero no vamos a correr riesgos...”

Para su sorpresa, tres días después ella fue la que sacó el tema al borde de las lágrimas: “Si hay que hacerlo, saca la cita y hagámoslo ya”. Paradójicamente, la amniocentesis comenzó a cambiar el panorama para Iñaki. El intenso llanto de Isabel antes de la prueba, pero sobre todo la imagen de ese feto moviéndose a sus anchas por toda la matriz, como huyendo de la aguja que extraería el líquido amniótico, le dio otra óptica, lo sensibilizó. Con todas sus fuerzas deseó, por primera vez, que ese ser estuviera sano.

Con el nacimiento de Josexto, la crisis nuevamente se hizo presente entre Iñaki e Isabel. Junto con las satisfacciones de ver los genes propios reflejados en los rasgos físicos o en los comportamientos cotidianos del recién nacido, vino también la tensión ante las nuevas y enormes responsabilidades que afrontaban. Las discusiones se convirtieron en algo cotidiano. Pero no sólo se trataba de la tirantez que conlleva la crianza de un hijo, la vida erótica también se vino abajo. No sólo porque al niño le daba por llorar en medio del coito, sino por otras inéditas y nada gratas experiencias que les estaba tocando vivir. Como cuando en plena relación sexual la leche salía como chorro de los pechos de Isabel ante la sorpresa de Iñaki, quien simplemente sufría impotencia repentina. En este contexto, él recordaba con añoranza las numerosas veces que tras las tormentas conyugales, tenían intensas reconciliaciones en la cama. Era realmente gratificante. Pero eso ya no era posible, pues antes de que Josexto cumpliera un año, simplemente dejaron de fornicar. Ella, insatisfecha, celosa, con el

amor propio herido, pues no había podido recuperar la magnífica figura de antaño, comenzó a sospechar que Iñaki tenía amantes. No podía entender que el deseo sexual simplemente había desaparecido. Por su lado, él regresó con nuevos bríos al alcohol y a las rayas. Ése se convirtió en otro factor más en contra.

Pese a los problemas, a Iñaki le encantaba ver crecer a Josexto. El niño pronto se integró a sus actividades. Antes de cumplir los dos años, se volvió el gran compañero que lo acompañaba a las librerías, a las tiendas de discos. Contra todos sus pronósticos, comenzó a tener una gran respuesta ante la música, el cine, los libros. Sin embargo, ahora era Isabel la que se sentía ahogarse. Cuando no se quejaba por su regordeta silueta (“mierda, estoy hecha una cerda”), lo hacía porque había tenido que espaciar sus viajes (“mi carrera se está cayendo... estoy perdiendo oportunidades”).

Días después de que Josexto tuvo que ser internado debido al rotavirus, e Isabel suspender un viaje a Nueva York, donde cubriría un importante congreso ambiental, ella explotó e impotente, iracunda, comenzó a lanzar al piso los libros que tenían en su pequeña biblioteca.

Iñaki comenzó a reclamarle airadamente: “Yo te lo advertí. Te dije que tu carrera se iba a ir a la chingada... No te hagas la sorprendida”...

Ella quiso justificarse, desviar la atención, pero en realidad era Josexto el que le pesaba. “Yo soy muy feliz con mi hijo... eres tú enténdelo. Estoy harta, te detesto... detesto tus palabras, tus manías, tu forma de hablar, tu guarrez, tu alcoholismo, tu hedor... Me cago en ti y en tu país de mierda...”

Iñaki sintió un enorme deseo de golpearla, pero se contuvo y salió rápidamente del departamento. Isabel lo encontró al día siguiente por la mañana tirado sobre la alfombra de la sala. A partir de ese incidente Iñaki dejó de dirigirle la palabra. Ella, por su parte, comenzó a exigirle el divorcio, a buscar provocarlo cada que podía. Un día después de que llegaron a las manos –con empate técnico como resultado–, Isabel no regresó a casa. Ni ese día ni los tres siguientes. Al cuarto día Iñaki hizo a un lado el orgullo y le marcó, sin éxito, a su celular. En la agencia de prensa le informaron que había sido enviada a París. “Regresa la próxima semana... Pero Iñaki, ¿cómo es posible que no sepas nada, si se trata de tu mujer?”, le espetó Mercedes, la secretaria del director, en su afán de obtener más información. Iñaki ni siquiera se despidió.

Isabel, sin embargo, no regresó ni en una semana ni en un mes. Desesperado, Iñaki encargó al niño con su familia, pidió permiso en la revista donde trabajaba y partió en su búsqueda. En Algeciras la familia de Isabel se sorprendió de verlo ahí. “¿Pero qué sucede, dónde dejaste a Isabel y al niño?”, le soltaron Pedro y Sara, los ancianos padres de su mujer, con extrañeza, con alarma. Iñaki no supo qué decir. Apenado, confundido, de pronto se sintió ridículo de estar en ese sitio, por lo que se dio la media vuelta y se alejó de allí rápidamente ignorando los gritos de los viejos, quienes lo conminaban a regresar, a explicar qué diablos sucedía. Se encaminó, en cambio, a la zona del Muelle de la Galera desde donde podía observar parte de la bahía, el impactante Peñón e incluso, entre las brumas, la costa africana. Fue inevitable. En medio de una ráfaga de saudade rememoró los gozosos días vividos 13 años atrás por esos lugares. Sobrio, es decir, sin la protección que cotidianamente le brindaban las drogas, se sintió viejo, vencido, desnudo. Completamente vulnerable. Estaba cierto de que pese a las discusiones cotidianas la vida sin Isabel resultaría demasiado dolorosa. Además, sintió sobre sus espaldas la enorme responsabilidad de criar un hijo. Tuvo la certeza de que a pesar de su amor por Josexto no podría con ese peso. Con urgencia, guió sus pasos a la avenida Cayetano del Toro. Allí, también tenía la certidumbre, encontraría a un generoso camello árabe con una dosis de kif y un buen bar de copas. Cuánta falta le hacía perder la cabeza. ■



Ma. Emilia Benavides